



CAPÍTULO XXVIII

El Plan de Tacubaya

AL día siguiente me presenté en el Palacio, pero nadie se ocupó de mí ni me hizo caso. Sólo había oídos para enterarse de si Payno había contestado esto ó lo otro á la sección del gran Jurado, si había hecho bien, si había hecho mal, si habría pronunciamiento y de quién.

Ni el Congreso dudaba de las intenciones del Gobierno, ni el Gobierno desconocía cuál sería la actitud del Congreso. Zuloaga, con ó sin ayuda de Comonfort, saltaba á la arena, ó la asamblea, ayudada por la Guardia nacional, tomaba la iniciativa y se pronunciaba contra el ejecutivo.

Cada quién decía su opinión y daba á conocer sus intenciones. Todos seguirían al jefe, irían á su lado, morirían por él si era preciso; pero nadie hablaba de empeñarse en una lucha nueva. ¡Pobre Constitución! ¡Moría en

la primera infancia, cuando apenas empezaba á echar los dientes, cuando se creía que llegaría á ser garrida doncella, matrona poderosa y hasta vieja de buen ver, y siempre grande y noble!

Requiescat...

El diez y seis por la tarde estuvo en palacio Juan Díaz Covarrubias, en el cuarto de ayudantes. Había ido á saber noticias y á dárnoslas.

— Hoy ó mañana es el pronunciamiento; veremos qué sale.

— Adiós, político, le dije.

— Político ó no, la cosa no tiene duda.

— ¡Quién sabe que traerán este poeta y el tuno de don Manuel Payno! dijo un chusco.

— Este va que vuela para ministro, exclamó otro sentenciosamente.

— Búrlense y digan lo que quieran; pero pueden estar seguros de que esos que acaban de pasar en coche descubierto, van á lo mismo.

A la luz de todo el mundo vimos pasar en carretela abierta á don Manuel Siliceo, don Juan José Baz, don José María Revilla y Pedreguera y don Mariano Navarro. Iban para Tacubaya, donde en unión del General Zuloaga y demás jefes de la brigada, arreglaron el engendro que se llamó *Plan de Tacubaya*. Allí escribieron también los borradores de las proclamas y demás documentos. ¿Cómo

adivinó el poeta la causa de que aquellas gentes marcharan juntas y en coche?

Como todo el mundo, conocía los rumores que circulaban, oyó que al subir el licenciado Navarro en su casa de Santo Domingo, dió las señas del palacio arzobispal de Tacubaya, y pensó de lo que se trataba.

El diez y siete, como á las diez de la noche, el señor Comonfort se sintió malo. Yo, que estaba de guardia, entré á recibir sus órdenes cabalmente en el momento que Francisco, el criado del general, le quitaba la levita burguesa que había usado siempre, pues de uniforme no le ví sino el veintisiete de Septiembre anterior, y eso para que no dijeran que era enemigo del ejército; cubierto nada más que con la camisa bordada, sin otro adorno que los botones de oro fino con topacios, mostraba un torso que antes de que lo invadiera la adiposidad, debía de haber sido atlético y vigoroso, unos brazos musculosos y unas manos blancas, limpias y suaves como de dama elegante.

Algunas veces he pensado que el símbolo del carácter de aquel hombre estaba allí; el pensamiento, la idea y la expresión, vigorosos y fuertes; la ejecución, la obra, la exteriorización sensibles, finas, delicadas, sin llegar al fondo ni resolverse á apartar las asperezas de la vía ni á lastimarse con las espinas del camino.

Me daba don Ignacio una orden para Siliceo, cuando

aparecieron éste, Payno y Navarro, preguntando si se podía entrar.

— Buenas y gordas, señor Presidente; ya todo está listo y vamos á salir de penas, dijo el ministro de Gobernación.

El ayuda de cámara se eclipsó discretamente, y yo iba á salirme, cuando Payno me detuvo.

— Le aguardo mañana; cuidado con no ser puntual.

Siliceo entregó al Presidente un papel impreso, y Comonfort empezó á leer de corrido, como cuando se topa con una cosa de que se saben de antemano la idea y los términos.

«Considerando: que la mayoría de los pueblos no ha quedado satisfecha con la carta fundamental que le dieron sus mandatarios... Que la República necesita de instituciones análogas á sus usos y costumbres... Que la fuerza armada no debe sostener lo que la nación no quiere... Desde esta fecha cesará de regir en la República la Constitución de 1857... Acatando el voto unánime de los pueblos... El Excmo. señor Presidente... Don Ignacio Comonfort... continuará encargado del mando supremo con facultades omnímodas... Congreso extraordinario Constituyente... Si la nueva Constitución no fuere aprobada por la mayoría de los habitantes... volverá al Congreso para que sea reformada en el sentido del voto de esa mayoría...»

Los recién llegados estaban radiantes de gozo. Payno, que venía del teatro, tarareaba á media voz la frase de Traviata *Imici volenti spirite*; Siliceo y Navarro se reían y se daban palmaditas en el otro extremo del salón.

Cuando Comonfort acabó de leer el plan, la proclama



de Zuloaga y la de Alcérreca, gobernador del Distrito, tenía congestionado el rostro, sudosas las manos, los ojos fijos y asustados.

— Acabo en este momento, dijo echándose en el sofá con inmensa pena, de cambiar mis títulos legales de Presidente por los de un miserable revolucionario; en

fin, ya está hecho, y no tiene remedio. Acepto todo y Dios dirá por qué camino debemos marchar.

Permaneció un rato sumido en profunda meditación y luego se levantó satisfecho, contento, jovial, como si aquel paso lo redimiera de muchas noches de insomnio, de muchos días tristes, de muchos dolores y mortificaciones de todo género.

— Usted, señor, dijo Siliceo, sírvase ordenar cómo se procede para dejar terminado este asunto que tan bien empieza.

— ¿No sería bueno, preguntó Navarro, que las músicas de la guarnición recorrieran mañana la ciudad y que se fijaran en los lugares públicos ejemplares del plan, que se sabe de cierto será bien recibido?

— Con tanta mayor razón, interrumpió Payno, cuanto que será la primera vez que algún plan político se acepte y consienta pacíficamente, sin que haya tiros ni efusión de sangre. Afortunadamente, contamos con la mayoría de los Estados, y esta será una revolución pacífica.

— No, no, no, dijo Comonfort denegando con la cabeza y las manos; nada de escandalito ni de bulla. Que la brigada de mi compadre se venga esta noche de Tacubaya, que ocupe la ciudad y que todo pase como la cosa más natural del mundo... Ahora, á comunicar todo lo hecho á Zamora y á Doblado.

Bajaron aquellos señores á los telégrafos de Veracruz

y del interior que estaban en Palacio, y transmitieron el plan íntegro á Veracruz y Guanajuato. Payno me entretuvo la mayor parte de la noche escribiendo oficios á Toluca, Puebla, Cuernavaca, San Luis y Guerrero.

Al día siguiente ya se sabía que Veracruz estaba pronunciado por el plan de Tacubaya; que don Ignacio de la Llave había marchado á Córdoba y Orizaba para allanar algunas dificultades: que Echeagaray había ocupado á Puebla con su brigada, dejando salir al gobernador Alatríste que se había adherido al movimiento.

De Toluca, Tlaxcala, Cuernavaca, San Luis, Tampico y toda la costa de Sotavento y Barlovento se tenían excelentes noticias. Sólo faltaban Doblado, que conferenciaba largamente por telégrafo con el jefe, y Parrodi, que se sabía era la bandera de los *puros* descontentos.

Luego vinieron manifiestos de Quijano, de Alcérreca, de Rangel y de una multitud de los jefes de cuerpos, manifestando las más fervientes simpatías por el nuevo orden de cosas y la esperanza de que la vida nacional se normalizara y llegaran á acabarse los pronunciamientos... pronunciándose recio y tupido.

Estaban, pues, en la verde, y había que echarse á dormir confiados. No hay cómo el genio y la habilidad.

¡Y vaya si se necesitaba genio! Por obra de la reunión de unos cuantos hábiles, de la redacción de un papelucho que ni siquiera tenía el mérito de la originalidad, pues

considerandos y parte resolutive, podían haberse tomado á la letra de otros cien abortos por el estilo que forman toda una literatura exclusivamente mexicana, y de la voluntad de media docena de pretorianos, todo estaba cambiado y vuelto de revés.

La odiada Constitución, «obstáculo único á la unión de los mexicanos», estaba abolida; el Plan de Ayutla, destruído por el mismo que lo había reformado en Acapulco sosteniéndolo con todas sus fuerzas; el bando progresista, humillado, malquisto, sin crédito, y la nación al parecer contenta.

Diariamente se recibía noticia de nuevas adhesiones, seguridad de nuevos pronunciamientos, aviso de otras defecciones. El triunfo estaba asegurado y había que batir palmas.

Era cierto que Prieto y Gutiérrez Correa habían renunciado sus empleos; que Degollado y los dos Farías se habían retirado al interior; que todos los subsecretarios de los Ministerios habían dejado sus puestos; que Miguel López, uno de los mejores jefes de la Guardia nacional, se había retirado á su casa, y que lo mismo había hecho el general Trías.

Verdad que se sabía que ni Arteaga, ni Doblado, ni Parrodi, ni Huerta estaban por el plan; que Lacunza, Flores, Fuente, Riva Palacio y Yáñez se manifestaban reservados y hasta hostiles; pero para ellos se tenían las

tropas de línea, muchos Estados amigos y mucha gente favorable, pues no se vaciaban ni de día ni de noche las antecámaras de Palacio dejando entrar y salir multitud de personas que repetían en todos los tonos que la revolución estaba hecha, la situación salvada y la nación contenta por aquel discreto golpe.

El obstáculo consistía únicamente en un indezuelo bajito de cuerpo, de escasa voz, vestido siempre de negro, que había sido puesto preso el día que el plan se proclamó. Tenía la audacia de hablar de su investidura legal y de no sé qué otras patochadas; pero se reían de él con todas sus bocas los cañones y los fusiles de la brigada del compadre, dispuestos á hacerlo añicos. ¡Lucido quedaba Juárez hablando de derecho delante de esos armamentos!

El diez y nueve, como si Comonfort hubiera querido borrar hasta la atenuante de la precipitación, se declaró que el Presidente aceptaba el Plan de Tacubaya, y se mandó publicar éste por bando nacional, con acompañamiento de música y chirimías.

Todos los días se efectuaban conferencias en el Palacio, con asistencia de los prohombres de uno y otro partido, que el Presidente había tenido empeño en poner frente á frente.

En el Consejo de Estado, que se formó con arreglo al plan nuevecito, se hallaban liberales como Cardoso, Riva Palacio, Lerdo de Tejada, Baz, Pizarro, La Llave, Iglesias,

Lacunza, Flores y Ramírez, junto á Couto, Cuevas, Gárate y Echeverría, que eran de lo más delicado y exquisito de la *conserva*.

El bueno del jefe se había imaginado que bastaría dejarlos un rato á solas para que pasara lo que en los dramones cursis, esto es, que todos se echaran en brazos unos de otros, con aquello de «Madre mía», «Hijo mío», «Hermano», «Señor Padre», etc., con mucho besuqueo, lagrimeo y balbuceo de frases cariñosas, hasta que llegara el barba, que de seguro lo habría sido el propio don Ignacio, para echar una docena de bendiciones, exhortar á todos á la paz, al cariño y á la mansedumbre, autorizar las nupcias de la *chinaca* y la *mochitanga*, y hacer mutis por el fondo en medio de las aclamaciones de todos los agradecidos.

Desgraciadamente, este ideal digno de Bouchardy no llegó á cumplirse. Los nombrados, ó no concurrieron, ó concurrieron para enseñar los dientes á sus contrarios y demostrarles que no influían en nada las recomendaciones del conciliador.

Una mañana, sentado á la mesa, con mi pluma en la mano, para tomar nota del acta de la junta, conforme me lo había dispuesto el Presidente, escuché la discusión más curiosa que he oído en mi vida.

Personajes: don Luis Gonzaga Cuevas, *leader* de los cangrejos, viejecito que parecía incapaz de ensartar dos

palabras seguidas, pero que con su corbata de dogal, sus patillitas á lo Crescencio Rejón y su carilla de *doyme á Dios*, era capaz de ponérsele enfrente al mismísimo Robespierre.

Había escrito un libro que era el testamento del partido conservador.

Don Joaquín Cardoso, apodado el Indio, gran latino, casi tanto como Montes, gran sarcástico, casi tanto como Ramírez, gran orador y gran erudito. Era apasionado de Horacio, al que apellidaba su *flaco*.

Don Mariano Riva Palacio, hombre de muchísimo talento, excelente abogado y persona de buena fe á toda prueba. Era el tipo del caballero mexicano, leal, honrado y franco á carta cabal.

Don José María Iglesias, carácter de gran fuerza, abogado de sólida instrucción, autor de la ley de obveniciones parroquiales.

Don Juan José Baz, con quien ya hemos topado en el curso de este relato.

Cuevas á Comonfort. Desconfíe usted, señor Presidente, de los términos medios. Echese sin reservas en brazos del partido clerical, y saldrá bien librado; armas, dinero, gente, cuanto necesite, lo tendrá en seguida.

Comonfort con vehemencia. Señor Cuevas: ¿puedo abandonar á mis amigos, destruir mi historia militar y política, perseguir á los que me han ayudado á levantarme y

á fundar mis ideales? ¿Puedo hacer eso como hombre honrado?

Cuevas. No lo puede usted.

Comonfort. Pues lo que no puedo hacer como hombre honrado, nunca lo haré como Presidente.

Iglesias. Entonces, échese usted en brazos del partido puro, que olvidará todo lo que ha pasado.

Baz. Pero es menester, en ese caso, declarar bienes nacionales los del clero, reducir las monjas, acabar con los frailes, echar á unas cuantas docenas de hombres de la República, y quizás fusilar á otras; en fin, entrar de lleno en el camino del progreso.

Riva Palacio. Y hecho esto, convocar una asamblea que dé una nueva Constitución al país; así aceptará el partido puro la revolución de Diciembre.

Comonfort. Imposible: ¿cómo voy á desterrar al arzobispo, para que se muera en el camino y me llamen asesino toda mi vida? ¿Cómo voy á hacer que los soldados peleen con valor y con fe, si saben que no los han de absolver á la hora de su muerte y que no los han de enterrar en sagrado? Yo no perderé el camino honrado, yo no iré para atrás; pero que se me deje tiempo y pensamos cómo las reformas se van planteando, sin violentar la conciencia de la gente timorata.

Cuevas. Y lo peor sería que, desterrado el arzobispo, seguirían en su lugar el deán, el provisor y en fin toda la jerarquía eclesiástica.

Baz. Lo que se haga aquí con el arzobispo, tendremos que hacerlo con todos los obispos y todos los canónigos. Desterrados los canónigos, tendremos que seguir con los curas y con los simples vicarios.

Comonfort. Y esos curas y esos vicarios, ceden á la ley ó resisten. Si resisten, es menester dejar á la mayor parte de los pueblos sin patronos; si ceden, como la administración de los sacramentos es asunto de jurisdicción, quedarán sin ella desde el momento que se las retire el prelado, como ya lo ha hecho.



D. LUIS GONZAGA CUEVAS

Yo no sé si la nación sufrirá esto; pero, aunque lo sufriera, el Gobierno tiene que gobernar á las mujeres, á los timoratos, á los fanáticos, si se quiere, porque no todos son filósofos ni despreocupados, para dar á sus hijos en matrimonio sin la bendición de la Iglesia y para morir sin confesión, por el gusto de sostener la adquisición de una casa que, en último resultado, no pueden llevarse al otro mundo.

Cuevas. Tiene razón que le sobra el señor Presidente;

por eso, para no contrariar las creencias de un pueblo netamente católico, debe abolir esas leyes absurdas que han establecido el divorcio entre el Gobierno y la sociedad.

Comonfort. Poco á poco, señor don Luis; yo no suscribo los excesos, pero tampoco estoy por volver á los tiempos del rey mi señor.

Iglesias. En tal caso, señor, hay que persistir en lo hecho é ir un poco más lejos.

Comonfort. Señores... ¡por los clavos de Cristo!, me marean ustedes con ese ir y venir de opiniones; yo tengo la mía, tan buena como cualquiera, y ya verán cómo todo resulta tal cual lo pretendo: ni predominio de unos ni preponderancia de otros; ni demasiada libertad, ni demasiada opresión, ni demasiadas restricciones.

Cuevas. Pues así, señor general, se va á la demagogia y á la anarquía.

Baz. Pues con ese sistema, señor Presidente, se va á la teocracia y al clericalismo.

Comonfort (con aire de abatimiento). ¡Qué desgracia estar siempre en el justo medio, recibiendo descargas por derecha é izquierda!



D. Miguel Lerdo de Tejada